

"Anvers 1996 Valparaíso", nuevo libro del fotógrafo Rodrigo Gómez Rovira, reúne las imágenes que hizo hace 28 años, cuando dejó Francia para conocer su Chile natal.

DANIELA SILVA ASTORGA

Conocía Algarrobo, la Fuente Alemana, el Banco del Estado, el Paseo Ahumada, quizás incluso Chuquicamata, aunque a partir de los seis años había crecido a casi 12 mil kilómetros de Chile. En Francia, las historias contadas por los adultos alrededor suyo lo marcaron con elocuencia: el fotógrafo Rodrigo Gómez Rovira (1968), que por entonces vivía en Colombia, se sentía tan chileno como si no hubiese dejado su tierra, por el exilio de sus padres.

"Para mí era muy raro percibirme así sin conocer realmente mi país", recuerda. Corría 1996 y tenía 28 años cuando, motivado por construir su identidad desde una experiencia propia, tomó la decisión de atravesar el Atlántico en un barco carguero. Eligió esa manera —que apareció como opción al ver casualmente una pintura de marina—, buscando dar vuelta la historia familiar. Tener, en vez de un trayecto accidentado, uno pensado, lento y gradual, entre su existencia en Francia y la que eventualmente podía comenzar en Chile. Y lo vivió a bordo del "Kraków II", embarcación polaca que tomó en Amberes, tras pagarle mil dólares en efectivo al capitán.

En un par de baúles llevaba ropa, discos, libros, materiales de trabajo, un mapa del mundo



Cuando el "Kraków II" atracaba, el autor se perdía por las ciudades —aquí, Guayaquil— para hacer fotos.



Gómez Rovira se embarcó solo con un par de baúles. Llevó ropa, libros, discos, cámaras y un mapamundi que le había regalado su padre.

Las memorias visuales de un joven que descubrió Chile arriba de un barco carguero



Fotografía hecha en Puerto Cabello (Venezuela).

que le había regalado su padre y —lo más relevante— su Leica. Mientras navegaron quince días para cruzar el Atlántico, la tripulación pasó por Haití, Venezuela, Panamá y Perú antes de llegar a Valparaíso, ciudad donde finalmente se radicó. Durante el trayecto, el fotógrafo jamás se quitó la cámara del cuello e hizo imágenes de todo su cotidiano dentro de la embarcación, así como de las caminatas

sin rumbo que vivió cuando se detuvieron en los puertos.

Completó 120 rollos de 36 exposiciones. Es decir, más de 4.300 imágenes. También escribió, atesoró reflexiones que surgían en el periplo, fue encontrándose con la cultura latinoamericana y sobrevivió a situaciones de riesgo. Vistazos y fragmentos de todo aquello se reúnen hoy en "Anvers 1996 Valparaíso", un libro fotográfi-

co editado por Buen Lugar, que contiene más de un centenar de imágenes en blanco y negro, junto con textos de Gómez Rovira. El cruce de narración e instantáneas compone un panorama muy vívido y honesto de su búsqueda, que, a ratos, deviene en aventura. Y se revelan, además, varias capas emotivas.

"Eso tiene que ver con que mi fotografía no venía a documentar algo, sino que pasaba a ser parte de una manera de vivir. Metafóricamente, el acto fotográfico pasa a estar dentro del cuerpo. Entonces, hacía imágenes de todo. De repente, me cruzaba con alguien en el pasillo del barco y le tomaba una foto. O si estaba sentado en un lugar y aparecía una sombra, hacía lo mismo", recuerda el autor, que ha publicado también

libros como "Repertoire" (2013), "Cuaderno fotográfico" (2014) y "Último sur" (2019). Todos tienen al centro la memoria

—y la vivencia corporal de la fotografía, que, al quedar plasmada en un negativo, se extiende y perpetúa con la nitidez que brinda lo documental. Gómez Rovira, quien además es fundador y director del Festival Internacional de Fotografía en Valparaíso, lo explica: "Es una memoria que te pertenece (pero que, a la vez, está afuera), y a la que tú puedes volver para articularla en el detalle, a diferencia de lo que ocurre con la memoria del cuerpo. Ahí hay cosas que se traslapan u olvidan. La foto te permite volver a esa emoción. Eso es privilegio, es magia".



EL LIBRO

■ En más de 200 páginas, reúne fotos y textos (francés-español). Está a la venta en Flach Galería y Buenlugar.com.